

Norwood-Fontainebleau. El fin de los días de crisálida

John Ruskin¹

Mientras tanto, soportando la decepción lo mejor que podía, me regocijaba en la contemplación de los bocetos y en la esperanza de los dibujos que aquellos llegarían a ser. Los bocetos me dieron que pensar más que mi infortunio. Vi que estos eran impresiones tomadas directamente de la naturaleza, no diseños artificiales, como sus Cartagos y sus Romas. Se me ocurrió que tal vez incluso en el artificio de Turner podría haber más verdad de la que yo había entendido. En ese momento estaba muy instruido en *sus* principios sobre composición; pero me parecía que en estos temas más tardíos la naturaleza misma estaba componiendo con él.

Considerando estos asuntos, un día en la carretera hacia Norwood reparé en un trozo de hiedra que giraba en torno a un tallo de espinas que me pareció, incluso para mi habitual juicio crítico, no mal “compuesto”; procedí entonces a realizar un estudio de luz y sombra de lo que veía en mi pequeño cuaderno gris de dibujo, cuidadosamente, como si hubiera sido un trozo de escultura, gustándome más y más según dibujaba. Cuando el dibujo estuvo acabado, vi que en realidad había perdido todo mi tiempo desde que tenía doce años, ¡pues nadie me había dicho alguna vez que dibujara lo que realmente estaba ahí! Todo mi tiempo, es decir, el dedicado al dibujo como arte; por supuesto, tenía el recuerdo de lugares, pero nunca había visto la belleza de nada, ni siquiera de una piedra —¡cuánto menos de una hoja!

No estaba ni tan conmovido ni tan entusiasmado por el descubrimiento como debería haberlo estado, pero esa experiencia puso fin a mis días de crisálida. Desde entonces, mi avance fue firme, aunque lento.

74. Esto debió haber sucedido en mayo, y una semana o dos después regresamos para mi graduación, pero no encuentro en el diario ninguna entrada de ello. Fui solo a por el aprobado, y todavía

escribía latín tan mal ¡que hubo posibilidades de que *no* lo lograra!, pero los examinadores no me lo tuvieron en cuenta porque en teología, filosofía y matemáticas estaba por encima de la media; me concedieron un honorable doble-cuarto (*double-fourth*).²

Cuando estuve seguro de que había conseguido pasar, fui a dar un paseo por los campos del lado norte de la calle New College (ya convertidos en Los Parques), feliz al sentir mi libertad recuperada, pero extremadamente inseguro de qué uso debería darle. Ahí estaba yo, con 22 años, con un cierto número de facultades, todas de segundo grado excepto las analíticas, las cuales estaban en estado embrionario tanto como las demás, y sin tener medios para medirlas; tales y cuales aficiones hasta entonces bastante consentidas en contra de mi conciencia; y un débil sentimiento de deber hacia mí, mis padres, y un todavía más vago sentimiento de la Ley Eterna.

¿Qué debería yo ser o hacer? Mi padre, completamente indulgente, estaba dispuesto a dejarme hacer cualquier cosa; con mi habitación siempre lujosamente amueblada en su casa, o mis gastos pagados si decidía viajar. Yo no era alguien lo suficientemente sin corazón, todavía, como para hacer solo lo que fuera. Tal vez pueda parecer un elogio algo confuso el que nunca pensara seriamente en dejar a mi padre y mi madre para irme a explorar países extranjeros; y, ciertamente, el miedo a entristecerlos se entremezclaba más o menos con todos mis pensamientos; pero entonces no *sentía* mucho la necesidad de explorar países extranjeros. No tenía el más mínimo amor por la aventura; por el contrario, me gustaba tener habitaciones confortables siempre ordenadas y cenas de dos platos y postre listas para las cuatro en punto. Aunque no era cobarde bajo circunstancias de peligro accidental, rechazaba extremadamente cualquier indicio de peligro como un continuo elemento en la vida de uno. No iría a la India por

¹ J. RUSKIN, *Praeterita, II*, Everyman's Library, London, 2005, pp. 274-281.

² No hay acuerdo entre los biógrafos (por ejemplo, W. G. Collingwood y T. Hilton) sobre cómo interpretar la calificación de “double-fourth”, pues Ruskin había perdido un año debido a su primera crisis nerviosa, año que empleó en su primer viaje por Europa para mantener la prescripción médica de alejarse de los libros.

miedo a los tigres, ni a Rusia por miedo a los osos, ni a Perú por miedo a los terremotos. Por último, aunque no tenía un afecto correcto y apasionado o agradecido por cualquiera de mis padres, sin embargo, ellos no podían estar bien sin mí, y me encontré con que yo tampoco estaba del todo bien sin ellos.

75. Así que, por el momento, planeamos una estancia veraniega en Suiza, no para hacer itinerarios, sino principalmente para permanecer en Chamonix, para que me diera el aire de la montaña y tener así la ansiada posibilidad de examinar las rocas del Mont Blanc con precisión. Mi madre amaba Chamonix casi tanto como yo; pero este plan resultaba una severa renuncia por parte de mi padre, a quien no le gustaba la nieve ni las habitaciones con paredes de madera.

Pero él renunció a todas sus preferencias por mí y me dejó planear las jornadas para atravesar Francia como yo quisiera, por Rouen, Chartres, Fontainebleau y Auxerre. Lo único que en principio muestran un par de bocetos a lápiz es una falta de fe en mi antiguo estilo, así como una mayor dedicación a las luces y sombras, bastante inútil. La llana campiña entre Chartres y Fontainebleau, con una agobiante presencia de París al norte, me inquietaba de forma perversa; cuando llegamos de noche a la Fuente de Agua Limpia, yo yacía febrilmente despierto, y a la mañana siguiente me encontraba tan oprimido y enfermo que no podía viajar con garantías, temiendo que alguna enfermedad grave estuviera apareciendo. Sin embargo, hacia las doce, la gente de la posada me trajo una pequeña cesta de fresas salvajes; estas me recuperaron, me metí el cuaderno de dibujo en el bolsillo y, tambaleándome, salí afuera, aunque todavía en una extremada languidez y angustiada condición; y cogiendo un camino de carros entre algunos jóvenes árboles, donde no había nada que ver excepto el cielo azul a través de las finas ramas, me tumbé sobre un terraplén en el margen de la carretera para ver si podía dormir. Pero no pude, y las ramas contra el cielo empezaron a interesarme, inmóviles como las ramas de un árbol de Jesé en una vidriera.

Sintiendo una gradual mejoría y que no iba a morir esta vez ni ser enterrado bajo tierra, aunque en ese momento no podía caminar muy lejos, saqué mi cuaderno y empecé a dibujar, con mucha atención, un pequeño álamo temblón que había al otro lado del camino de carros.

Esa experiencia puso fin a mis días de crisálida. Desde entonces, mi avance fue firme, aunque lento

76. Cómo había logrado ir a parar a aquel camino de carros completamente anodino cuando había piedras de arenisca para ser estudiadas, solo las Parcas lo saben, como a menudo he advertido; nunca fui lo suficientemente afortunado como para encontrar en Fontainebleau ninguna de las maravillas de las que se vanaglorian los artistas franceses y que perturbaban la pobre cabeza de Evelyn tanto como la “horrible Montaña” de Clifton:

7 de marzo (1644).— Me situé en la avanzadilla con alguna compañía hacia Fontainebleau, un suntuoso palacio real como el nuestro en Hampton Court. Por el camino pasamos a través de un bosque tan prodigiosamente rodeado de duras y espantosas rocas sueltas, amontonadas unas sobre otras en alturas como las de una montaña, que pienso que en ningún sitio se encuentra algo más horrible y solitario que esto. Sobre la cima de uno de esos tenebrosos precipicios, entremezclada con árboles y arbustos, con piedras colgando que amenazan con la ruina, hay construida una ermita.

Creo que este pasaje refleja con precisión la mentalidad puramente inglesa sobre las rocas. Si las hay suficientemente grandes como para parecer que te romperían la cabeza si cayeran sobre ti, eso es todo lo que un inglés pregunta o puede entender de ellas. La sed moderna de autoalabanza por alcanzar sus cimas es, por supuesto, a menudo acompañada por un sano interés en geografía y otra ciencia; y chicos y chicas estupendos disfrutaban *mucho* de sus escaladas y de almorzar en campos de flores. Pero nunca encuentro una palabra de pena por la destrucción de cualquier paisaje o aspecto típico suizo en ninguna de sus publicaciones, tan solo que ellos disponen de su propio champán a la hora de almorzar.

77. Las “impresionantes rocas” de Fontainebleau nunca eran, siento decirlo, lo suficientemente impresionantes como para gustarme. Siempre me parecieron no más grandes de lo que podría empaquetar y enviar a casa como muestras, si hubiera valido la pena transportarlas; y debido a mi feroz aversión por los palacios y los paseos rectos por la gravilla, nunca descubrí el manantial que era el alma del lugar. Pero aquel día no había rocas ni palacios ni fuentes, tan solo me encontraba yaciendo en la arena sobre un terraplén de un camino de carros sin ninguna otra perspectiva que no fuera aquel pequeño álamo temblón contra el cielo azul.

Lánguidamente, aunque sin distraerme, empecé a dibujarlo; y mientras dibujaba, la languidez desapareció: las maravillosas líneas insistían en ser trazadas —sin cansancio—. Se hacían más y más bellas, como cada rosa que, separada del resto,

adquiere su lugar en el aire. Con un asombro que crecía a cada instante, vi que ellas se “componían” siguiendo leyes más perfectas que cualquiera conocida por los hombres. Al final, el árbol estaba allí, y cualquier cosa que hubiera podido pensar antes sobre árboles había desaparecido.

La hiedra de Norwood no me había dejado tan perplejo como esto último porque siempre me había parecido que una hiedra era una criatura ornamental y era de esperar que se comportara bellamente, al menos en ocasiones. Pero que todos esos árboles del bosque (pues vi sin lugar a dudas que mi pequeño álamo temblón era solamente uno entre millones) debían de ser bellos —más que una tracería gótica, más que un jarrón pintado griego, más que los refinadísimos bordados que Oriente pudiera bordar, o que el pintor más hábil de Occidente pudiera dibujar—, era, por supuesto, el final de todos los anteriores pensamientos que albergaba, una mirada inteligible al interior de un nuevo mundo, el de los bosques.

No solo de estos. Los bosques, que yo solo había observado como algo salvaje, llevaban a cabo en su belleza —me di cuenta entonces— las mismas leyes que guiaban las nubes, dividían la luz y armonizaban las olas. El “Él había hecho todo bello, en su tiempo” llegó a ser para mí de ahí en adelante la interpretación de la unión entre la mente humana y todas las cosas visibles; y volví a lo largo del camino del bosque sintiendo que este me había guiado lejos; más lejos de lo que alguna vez la imaginación alcanzara o un instrumento midiera.

78. Para mi pena y extrema sorpresa, no encuentro en ningún diario los sentimientos o descubrimientos de ese año. Fueron muchos y desconcertantes como para ser escritos. Incluso no dibujé demasiado —las cosas que entonces vi iban más allá del mero dibujar—, pero recogí muestras de plantas, mientras que los meses destinados a estudiar las piedras de Chamonix fueron empleados en simplemente averiguar qué debía hacer y dónde. Para el caso de que necesitara un guía, yo solo tenía uno del montón, Michel Devouassoud, quien sabía cómo llegar a los sitios para enseñarlos y poco más; pero tenía el aire fresco, y la escalada; y cavilaba sobre mis pensamientos de Fontainebleau entre manantiales más dulces. La entrada de mi diario citada arriba del 11 de diciembre, la única que puedo encontrar de todas las jornadas de viaje de aquel año, me sorprende mucho al mostrar que el impulso que arrojó los nuevos pensamientos dentro de la forma de *Pintores modernos* me llegó en el cumplimiento de un desagradable deber en el que persistí ¡yendo a la iglesia! Sin embargo, vino a mí dos años después en Ginebra, mi verdadera ciudad de adopción.

Volvimos a casa en 1842 por el Rin y Flandes; en Colonia y San Quintín hice los últimos dibujos

Saqué mi cuaderno y empecé a dibujar; con mucha atención, un pequeño álamo temblón que había al otro lado

que ejecutara alguna vez en mi viejo estilo. El de la gran plaza en Colonia fue entregado a Osborne Gordon, y permanece, creo, con su hermana, la Sra. Pritchard. El de San Quintín se ha desvanecido en el espacio.

79. Volvimos una vez más a la casa en Herne Hill, y los encantadores dibujos que Turner había hecho para mí, ‘Ehrenbreitstein’ y ‘Lucerne’, fueron colgados por primera vez en la pequeña parte delantera del comedor. Pero los días de Herne Hill se terminaron, y muchas otras alegrías con ellos.

Tal vez mi madre había albergado —en Hampton Court, o Chatsworth, o Isola-Bella— en su alma tranquila alguna vez la idea de que podría estar bien tener un jardín más grande. Algunas veces un amigo de borla-dorada (*gold-tasselled*)³ de Oxford solía venir desde Cavendish o Grosvenor Square para verme; entonces solo estaba la pequeña habitación de atrás frente a la guardaría para que se lavara las manos en ella. Cuando su cuenta bancaria aumentaba, incluso mi padre pensaba como posible que sus clientes de la zona pudieran estar más impresionados al disfrutar su sherry después de cenar con más espacio para las piernas. Y ahora que yo ya tenía una cierta edad, era licenciado y cosas por el estilo, ¿no me hacía falta a mí también una casa más grande?

No, querido lector; pero incluso desde la primera vez que cogí una pala quise cavar un canal y hacer esclusas en él, como Harry en *Harry y Lucy*. Y en la parcela trasera de la casa en Denmark Hill, en aquel momento, en aquella hora de todas nuestras debilidades, ofrecida como tentación, la vista daba a un canal en dirección a Dulwich con algunas esclusas.

Me resulta increíble volver la vista atrás para recordar esto, cómo siendo no más que un niño —muy niño, además— me hallaba todavía confinado en los instintos del placer personal; mientras que dedicándome a cuidar de mí mismo, alcanzaba más lejos que los reyes de Nápoles o los cardenales de Roma.

80. Sin embargo, se debatió hasta el fondo la cuestión de que la casa fuera adquirida. Mi madre, prudentemente, aunque triste, dijo que era demasiado tarde para ella; que no podía ahora atender un jardín tan grande: y mi padre, dándose cuenta de que su vanidad tenía más que una palabra en el asunto, además de todo lo que podía correctamente ser alegado sobre lo que entonces era conveniente y apropiado, dudó con mucha pena, como

³ Birrete que ostentaban los estudiantes de Oxford de categoría *gentleman-commoner* (pertencientes a la aristocracia) previamente a la reforma que hizo desaparecer esta distinción. Hoy en día, el Canciller de la Universidad de Oxford es el único que sigue ostentando una borla de color oro en el birrete.

había hecho cuando compró su primer Copley Fielding.

Pero, al final, la casa más grande fue comprada, y todo el mundo dijo cuán sabia y adecuadamente; a mi madre le gustaba *mucho* arreglar la hileras de macetas en el gran invernadero; y la vista del campo desde el salón donde desayunábamos era realmente encantadora. Compramos tres vacas, obteníamos nuestra propia nata y hacíamos nuestra propia mantequilla. Había un establo, un corral, un almiar, una pocilga y una casa para el portero, donde los visitantes indeseados podían ser detenidos antes de alarmarnos con su llamada en la puerta. Pero, a pesar de todas estas cosas, nunca fuimos tan felices otra vez. Nunca más “en casa”.

81. En Champagnole, sí; y en Chamonix, en la Cloche, en Dijon, y en Le Cygne, en Lucerne. Todos estos sitios pertenecían a los viejos tiempos. Pero aunque tuvimos muchos días felices en la casa de Denmark Hill, ninguno de nuestros nuevos caminos volvió a ser alguna vez lo mismo que antaño: los melocotones a capazos llenos no tenían el mismo sabor que la mera docena contada de antes; ni todas las manzanas del gran huerto valían lo que un puñado pequeño de la variedad Siberian de Herne Hill.

Y nunca cavé mi canal, ¡después de todo! Por supuesto, el hecho de que Harry mismo hiciera las esclusas ¡siempre me había parecido magnífico!, inimitable, cuando no increíble: tampoco había entrado nunca, hasta ahora que vino la necesidad, en estadísticas de suministro de agua. Los jardineros querían todo el agua de los depósitos para el invernadero. Vi que no era posible hacer nada excepto una seca zanja, incómoda para las vacas, y me resigné al destino; sin embargo, la fascinante idea no me la quitó nunca de la cabeza, y algunas instalaciones de agua, siguiendo el modelo de Fontainebleau, fueron llevadas a cabo con verdaderos afluentes —veinte años después de esto, como se contará después.

82. Al año siguiente, tuvimos suficientes viajes con ir de arriba y abajo por los paseos del nuevo jardín. También el primer volumen de *Pintores modernos* se llevó lo mejor del tiempo libre del invierno; el verano se dividió debido a una estancia formal en Oxford. No hay ninguna anotación valiosa en el diario, excepto una palabra sobre la ventana de la iglesia de Camberwell, a la cual debo volver cuando conecte con otras cosas más adelante.

El mencionado primer volumen debió haber visto la luz por el cumpleaños de mi padre; su éxito estaba garantizado hacia el final del año, y el primer día de enero de 1844 “mi padre me trajo el ‘Slaver’ como regalo de año nuevo” —sabiendo muy bien esta vez cómo complacerme—. Lo tenía al pie de mi cama la mañana siguiente, como

mi propio ‘Loch Achray’ de viejo. Todo el mundo puede entender el placer del primer cuadro realizado por uno mismo. El placer de un nuevo Turner nuevo para mí nadie lo entenderá jamás, sería inútil hablar de ello.

Para el segundo volumen (no quise decir que fuera el más pequeño, como lo es), tenía más ganas de Chamonix. El viaje de 1844 fue planeado completamente por los Alpes centrales, y el primero de junio de 1844 estábamos todos felices por la costa del lago Lemán, otra vez.

Traducción y notas de José Antonio López Ruiz

